

# Probando a Dios en el desierto

Adriana Camacho

“Estamos perdidas. Llevamos horas caminando y no logro ver nada aparte de nopales, piedras y tierra.” Era cierto. Habíamos caminado tanto que ni la silueta roja de nuestro coche se lograba distar. El sol abrumador nos pesaba en la espalda, chamuscándonos la piel. Los pies, hinchidos de ampollas nos reclamaban, implorándonos que desistiéramos. Que mejor volviéramos a la sombra del carro. Pero eso era imposible, teníamos que seguir; nos urgía encontrar refuerzos.

¿»Cómo es posible que pasen los carros como si no nos vieran? ¡¿Qué clase de persona pasa sin advertir a dos adolescentes, con falda, en medio del desierto y NO SE PARA»?! Era absurdo. Frustradas, caminábamos cabizbajas sin dinero, sin teléfono y sin rumbo. No lográbamos captar el por qué del comportamiento de la gente.

Hartas de ser ignoradas, se nos ocurrió una idea, oraríamos y le exigiríamos a Dios a que viniera en nuestro auxilio. Después de todo, veníamos de una familia cristiana en la que invariablemente se nos enseñaba que Dios siempre escucha y contesta las oraciones.

“Ok, ¿me escuchas Dios? ¿Ves aquel carro blanco que tan groseramente nos acaba de pasar? Pues si estás ahí, quiero que cuando llegue a la subida ese carro, se dé la vuelta y llegue con nosotras. Y que cuando se pare nos pida disculpas por haber pasado sin vernos y que nos diga que no sabía qué estaba pensando que se fue sin ofrecernos un aventón”.

La última frase aún no conseguía enunciarse en mis labios, cuando atónitas, vimos como el carro se detenía en medio de la cuesta y se daba la vuelta para retornar hacia nosotras. Fue así como Dios, ente omnipotente y todopoderoso se dignó a consumir el capricho de dos incrédulas en un desierto desolado de Texas. Imprimiendo así, perpetuamente en nosotras, una fe inmutable.